

**Primera edición en inglés: Londres, 1705**  
**Primera edición en español**  
**Paráfrasis libre de Alfonso Reyes**  
**México, 1957**

**Tirada de 1,000 ejemplares**

**Derechos reservados conforme a la ley**  
**© Alfonso Reyes, México, 1957**

**Impreso y hecho en México**  
*Printed and made in Mexico*

BERNARD MANDEVILLE

# EL PANAL RUMOROSO

*o La Redención de los Bribones*



PARÁFRASIS LIBRE DE

*ALFONSO REYES*

# ÍNDICE

Noticia	5
El Panal rumoroso o la redención de los bribones	7
Moraleja	24
<i>Notas</i>	27

BERNARD MANDEVILLE

El Panal Rumoroso  
o la  
Redención de los Bribones

*Paráfrasis libre*  
*de*  
ALFONSO REYES

México  
La Flecha.—Nº 2  
1957

Bernard Mandeville o de Mandeville (1670-1733), nativo de Dordrecht (Holanda), médico radicado en Londres e incorporado a las letras inglesas, publica su sátira en octosílabos, *The Grumbling Hive, or Knaves turn'd Honest*, en 1705. La reedita con comentarios en prosa cada vez más extensos, bajo el título *The Fable of the Bees, or Private Vices, Public Benefits*, en años sucesivos. Su objeto es mostrar la vileza irreducible de la naturaleza humana, y el mal en que se funda necesariamente la sociedad, a la vez que alude a las cosas de la época. Eran los días en que los Tories acusaban a Marlborough y al Ministerio de abogar por la guerra con Francia en vista de intereses particulares.

La sátira de Mandeville provocó una controversia en que figuran William Law (*Remarks on the Fable of Bees*, 1723), el Gran Jurado de Middlesex y el papel acusatorio de 'Theophilus Philo-Britannus' en el *London Journal* (1723), Richard Fiddes (*General Treatise of Morality*, 1724), John Dennis (*Vice and Luxury Publick Mischiefs*, 1724), tal vez George Bluet en ciertas reflexiones anónimas de 1725, Archibald Campbell (*Aretologia*, 1728), Berkeley (*Alciphron or The Minute Philosopher*, 1732), Hervey (*Some Remarks on the Minute Philosopher*, 1732), John Brown (*Essay upon Shaftesbury's Characteristics*, 1751) y Adam Smith (*Theory of Moral Sentiments*, 1759). Robert Browning hace figurar a Mandeville en sus *Parleyings with Certain People of Importance in their Day* (1887): "... Sage dead long since, Bernard de Mandeville!"

Mandeville representa una reacción contra el optimismo filosófico, algo beato, de Shaftesbury y los deístas, a la vez

que se enfrenta con las convenciones de la moral popular. Se acerca al punto de vista de Hobbes, Helvetius y demás sistemáticos del “egoísmo serio”, prepara el camino a los utilitarios, y ha sido llamado el Diógenes de la filosofía inglesa. Sus paradojas nunca pudieron ser contestadas a fondo, por lo mismo que nadie puede demostrar la perfección del ser humano.

La presente paráfrasis ha sido hecha con la libertad indispensable para dar sabor en nuestra lengua al estilo anticuado y algo plebeyo del autor. A veces la libertad llega a la parodia. No pretende, en modo alguno, ser una traducción apegada. Las notas proceden de la edición: *The Fable of the Bees: or, Private Vices, Publick Benefits, By BERNARD MANDEVILLE. With a Commentary, Critical, Historical and Explanatory by F. B. Kaye.* Oxford: At the Clarendon Press. MDCCCXXIV, 2 vols.

A. R.

*EL PANAL RUMOROSO*  
*O*  
*LA REDENCIÓN DE LOS BRIBONES*

UN panal de rica miel  
y de pródiga colmena  
era de la industria arena  
y de las armas laurel.  
Con más regalo que aquél  
ningún enjambre vivía:  
ni tiranos padecía,  
ni la democracia inquieta,  
porque entre leyes sujeta  
y afianza su monarquía.

Los racionales insectos,  
humanidad abreviada,  
de la toga y de la espada  
disfrutaban los efectos.  
Diminutos y perfectos,  
vencían a los humanos  
en los oficios urbanos,  
y aunque hablando ignota lengua,  
toda una ciudad sin mengua  
edificaban sus manos.

Con arte menuda y alta  
que no alcanzamos a ver,  
solían ellos hacer  
cuanto a nosotros nos falta.  
Zumba el uno, el otro salta,  
y hete aquí que, con paciencia,  
alzan fábricas de ciencia,  
torre, barco, muro y puente,  
o al menos su equivalencia  
aunque en orden diferente.



Pues véase que aun tenían  
reyes y guardias reales:  
si las cuentas son cabales,  
dados no les faltarían.  
Es claro que jugarían  
alguna vez a los dados,  
porque nunca hubo soldados  
horros de tan noble asueto,  
y dan lo mismo al objeto  
peones y coronados.

Apiñados en montones,  
frutos doblados rendían,  
pues millones proveían  
la industria de otros millones,  
que en vastas transmutaciones  
devoran la obra manual,  
sólo para ver que tal  
o cual sacie su apetito.  
Y ante el empeño infinito,  
poco era todo el panal.

Los pudientes, sin trabajos  
alcanzan grandes provechos;  
otros se rompen los pechos  
en los menesteres bajos,  
deshaciéndose en andrajos  
para merecer el pan.  
Mientras los pocos, que dan  
en pago su gatuperio,  
chupan con otro misterio  
la paciencia del gañán.

Tahures, ratas, fulleros,  
adivinos, zurcidores  
de voluntades, doctores  
sin título, monederos  
falsos, sin otros dineros  
que su malicia y su tino  
para vivir del cretino  
que en ellos cifra su amor,  
y medran con la labor  
del benévolo vecino.<sup>1</sup>

Bribones les llamaban; pero ¿a cuáles  
si todos en el reino son iguales?  
Si en todo trato hay su virtud secreta  
y en toda profesión hay una treta?

Los letrados, sabias ruelas  
de enmadejar pleitos vanos,  
hilan con los escribanos  
casos, trampas e hipotecas;  
pues, sin proceso, son huecas  
las más justas pretensiones.  
Lo propio hacen los ladrones:  
éstos rompen cerraduras;  
aquéllos, las hendeduras  
de leyes y prescripciones.

¿Que aumentan las audiencias? Punto en boca:  
aumenta la ganancia, que era poca.

Más que la ciencia o la cura  
del caso que le concierna,  
el médico se gobierna  
por ganar fama y holgura;  
solemnidad, compostura,  
del boticario el favor,  
de la partera el loor,  
la anuencia sacerdotal,  
pues que parto y funeral  
fundan su ingreso mayor.

Sonreír y saludar;  
mucho halago que concilia  
la afición de la familia;  
paciencia para aguantar  
lo que suele recetar  
una tía majadera  
que se mete a curandera;  
seguir la conversación,  
y la mayor maldición:  
¡soportar a la niñera!

Por cada buen sacerdote,  
flaco de estudio y pobreza,  
hay ciento, cuya rudeza  
es para la grey azote,  
que engordan con el escote  
del propio oficio divino,  
tal como el sastre ladino  
medra en la sisa del cliente;  
más duchos en aguardiente  
que un viejo lobo marino.

Para el guerrero, el honor,  
si logra salir con vida.  
Los más, diestros en la huída,  
ganan el premio mejor:  
si aquél fía en el valor,  
de éstos el soborno es daga;  
y hasta les doblan la paga  
y comen de sus deslices;  
y el otro, de cicatrices,  
y que buena pro le haga.

El ministro es del monarca  
ávido pulpo insaciable,  
que estira hasta lo improbable  
los beneficios del arca:  
en los provechos que embarca,  
no en el público servicio.  
Esto es gaje del oficio  
—ya se sabe— y si hay comento,  
se le llama emolumento,  
que es la máscara del vicio.

Porque siempre la abeja fue maestra  
en ganar mucho más de lo que muestra,  
y es imprudente dar con el talego  
en las narices al que pierde el juego.

Y baste, como extremo de la usura,  
que muchos adulteran la basura,  
sin que nadie se libre de esta fiebre  
que se suele llamar “gato por liebre”.

La Justicia abre la venda  
y arriesga un ojo al platillo,  
por ver si hay algo amarillo  
que decida la contienda.  
Dejan que su sable hienda  
cuando hay pena corporal,  
mas si hay otro arreglo al mal  
será que el mal no es punible,  
porque la horca es flexible <sup>2</sup>  
bajo el peso del metal.

Cada abeja, otro que tal,  
pero el panal, un portento;  
que aun los crímenes que cuento  
engrandecen el panal.  
Y envidiado por igual  
en la paz como en la guerra,  
su política se encierra  
en sumar vicios, de modo  
que en virtud acabe todo,  
y el mal, en bien de la tierra.

Tal la música armonía,  
de discordancias dechado;  
que es un acorde el Estado  
de tanta cacofonía.  
Si todo se contraría,  
es que todo se concierta.  
La templanza es agua muerta,  
gula y embriaguez revuelve,  
y todo virtud se vuelve  
al abrirse la compuerta.

Madre del mal, la avaricia  
cunde en liberalidad,  
pecado de dignidad  
exento ya de malicia.  
Si la lujuria desquicia,  
a muchos da de comer.  
El orgullo es sumiller  
de la abundancia, y aumenta  
de las industrias la cuenta  
por loco que pueda ser.

La envidia, la vanidad  
y la moda, que hace el tercio,  
son la rueda del comercio,  
motor de su variedad;  
y su mutabilidad  
cura su mismo extravío,  
pues al mes ya causa hastío  
lo que antes era vehemencia,  
de suerte que la prudencia  
alcanza un triunfo tardío.

El tiempo en su curso grave  
metamorfosea el vicio,  
que va mudando su oficio  
por otro oficio más suave.  
Y aprende, el que menos sabe  
y menos tiene, a exigir  
otro modo de vivir,  
comodidad y regalo,  
y el pobre, en corto intervalo,  
es rico del porvenir.<sup>8</sup>

Sombra es la humana ventura  
junto al gozo celestial.  
El melífero animal,  
para lo poco que dura,  
ignora que tiene hartura,  
y debiera bendecir  
lo que le dejan vivir  
barcos, armas y gobiernos  
que, entre lamentos eternos,  
muda . . . ¡para reincidir!

Aquel que amasó tesoros  
robando al prócer y al paria,  
todo el día canta el aria  
de los engaños y lloros.  
¿Qué se queja, qué desdoras  
reclama el bribón ingrato?  
¡Que compró por liebre gato  
en la tienda del guantero,  
y obtuvo por su dinero  
la horma de su zapato!

Todos clamaban a una:  
“¡No hay vergüenza en el país!”  
Mas su vida era el mentís  
de su queja inoportuna.  
Cansóse al fin la Fortuna,  
y Jove, con ironía,  
dijo: ¡“Acabe la porfía!  
¡Fuera el fraude!” Y al instante,  
todo mudó de semblante  
como de la noche al día.

Huyó el fraude. Entre pudores  
la honradez entró en vigencia,  
como el Árbol de la Ciencia,  
desenmascarando errores.  
Silencios, miedos, temblores,  
contriciones y sonrojos.  
¡Duro camino de abrojos  
para tales penitentes!  
Rubor nublaba sus frentes  
y se leía en sus ojos.

¡Qué cambio y consternación!  
A los abusos ¡qué dique!  
Bajó la carne un penique  
para toda la nación.  
Ya no hay simulación  
ni cautelosas miradas;  
almas recién estrenadas  
dejan la barra vacía,  
pues se pagan a porfía  
aun las deudas olvidadas.

Desde el monarca hasta el bobo  
desnúdanse la careta.  
Ya no hay engaño ni treta,  
ya no hay malicia ni robo.  
Ya, privados del adobo,  
se mustian los abogados,  
y sus tinteros cansados  
cuelgan con el cuerno seco,  
porque ya no hay embeleco  
donde todos son honrados.



¿Justicia? ¡Si no hay ultraje!  
Desierta está la prisión;  
con su larga procesión  
la Justicia emprende el viaje.  
Allá van los del herraje  
con sus rejas, sus candados,  
sus picaportes chapados;  
el que encarcela y remacha;  
el verdugo con su hacha;  
oficios hoy excusados.

Siguen los jueces, jinetes  
en la nube que los guía;  
su escolta es la policía  
de gendarmes y corchetes;  
marchan detrás en piquetes  
cuantos viven de extorsiones;  
y en las más altas regiones  
se ve volar a la Diosa,  
cuya espada está herrumbrosa  
por falta de ejecuciones.

Del farmacéutico abuso  
y de la disputa vana  
libre ya, el físico sana  
con los remedios al uso  
—pues naturaleza puso  
junto al quiste el emoliente—;  
cobra su sueldo decente,  
y sus ganancias calcula  
sin el pienso de la mula  
para visitar al cliente.

Purgado el clero de holganza,  
y en número ya prudente,  
administraba al creyente  
fe, caridad y esperanza.  
Para más la grey no alcanza,  
pues, dulce de corazón,  
no ofrece complicación  
que multiplique el servicio:  
todo es bondad, sacrificio,  
paz, obediencia y perdón.

Y ajeno a los negocios del Estado,  
hospitalario como limosnero,  
Papá-Abejón vivía consagrado  
al flaco, al triste, al pobre, al jornalero.

Los ministros y oficiales  
viven ya de su salario;  
no se admite intermediario  
diestro en sobornos fiscales.  
Los funcionarios reales  
se redujeron de suyo,  
y no hay uno solo cuyo  
dictamen tuerza el derecho,  
o pretenda cobrar pecho  
entre lo mío y lo tuyo.

Ya es fraude la carestía,  
y al más altivo le basta  
la moderación que gasta;  
ya ni el más necio se fía  
de la torpe algarabía  
de corredores traviosos.  
¡Vayan a otra parte esos  
que, “por mendrugos de pan”,  
coches y caballos dan  
y fincas y otros excesos!

¿A qué mantener galeras  
y compañías armadas  
en regiones alejadas  
y en hazañas extranjeras?  
¿Qué orgullos, qué borracheras,  
qué funestas vanidades  
buscan gloria en las crueldades?  
Sólo es lícita la guerra  
cuando defiende la tierra,  
derechos o libertades.

¡Ay, pero, en este concierto  
del comercio y la honradez,  
el panal de antigua prez  
se va quedando desierto!  
Pues si el vicio a chorro abierto  
despilfarraba millones,  
alimentaba montones  
que hoy se quedan sin oficio,  
y echando menos el vicio  
emigran a otras regiones.

¡La propiedad despreciada,  
abandonadas las glebas,  
la maravilla cual Tebas  
con música edificada! <sup>4</sup>

La más suntuosa morada,  
lujo de sus moradores,  
con carteles delatores  
se ofrece al mejor postor.  
Sobran artista y pintor,  
pedreros y constructores.

Los escasos habitantes,  
devotos de la templanza,  
hoy luchan por la pitanza,  
si por el dispendio antes;  
pagan las cuentas restantes  
que deben al tabernero,  
y que los aspen primero  
que vayan a reincidir;  
y ya no puede lucir  
la hembra del vinatero.

Ya no hay quien preste fortunas  
para Ortelans y Borgoñas,  
porque ya no hay carantoñas  
de algunos con sus algunas  
que, en las noches oportunas,  
y entre pavo y condimento,  
consuman en un momento,  
por fiestas de Navidad,  
la discreta parvedad  
que consume un regimiento.

La altiva Cloe, que un día,  
para aumentar sus arreos,  
hundió a la India en saqueos  
y al marido en simonía,  
hoy tan sólo se atavía  
con un vestido por año;  
y procura con amaño  
ir vendiendo su moblaje,  
cuidando que se rebaje  
el desperdicio de antaño.

Los trajes duran, porque ya no hay moda  
desde que sobrevino aquella poda,  
y el arte de enredar seda con plata  
cambió de clima o estiró la pata.

Menos mal que todavía  
cuentan con lo indispensable:  
la pacotilla estimable  
y el poder vivir al día;  
que, aunque sin jardinería  
y en completa libertad,  
con cierta benignidad  
la tierra les da su fruto.  
Eso sí, todo es en bruto,  
sin primor ni calidad.

Todos dan en emigrar  
según la virtud progresa:  
mercader, fábrica, empresa,  
toman el rumbo del mar.  
Artes e industrias al par  
caen de su antiguo estado,  
que quien vive despojado  
y se siente satisfecho  
¿qué mejora, qué provecho  
ha de buscar el cuitado? <sup>5</sup>

Así diezmado el panal,  
pronto la extraña malicia  
juzgó la ocasión propicia  
para clavarle el puñal.  
Y fue la guerra. Y fue tal  
el precio de la victoria,  
menos cierta que ilusoria,  
que apenas pocos quedaban,  
y esos pocos vacilaban  
entre la ruina y la gloria.

Por el hambre endurecidos,  
las armas y el sufrimiento,  
absteníanse de intento  
de manjares y vestidos;  
y huyendo lujos mentidos,  
la comodidad dañina  
y el goce que desatina,  
dando las gracias al cielo  
se escondieron con recelo  
en el hueco de una encina.

## MORALEJA

De aquí, lector, se concluye  
que nunca un panal honrado  
puede vivir regalado;  
pues si sus vicios destruye,  
rueda en la cima que huye;  
si destierra la falsía,  
sólo es grande en la utopía  
que le anda por la cabeza,  
y poder, fama y grandeza  
prosperan por otra vía.

El orgullo, el fraude, el lujo  
rinden beneficios ciertos  
y resucitan los muertos  
a su irresistible embrujo.  
¡Si hasta del hambre el influjo  
fomenta la digestión;  
las mismas industrias son  
efectos del artificio,  
y es imposible sin vicio  
edificar la nación!

¿Qué sería de la viña  
a sí propia abandonada,  
leña torcida y menguada  
que a las plantas mueve riña?  
Pero la tallan de niña,  
la aderezan con esmero,  
y es ganancia al vinatero,  
inspiración de pinceles,  
sonrisa de los manteles  
y delicia del garguero.

Porque, si bien se repara,  
la insobornable virtud  
no es prenda de la salud,  
aunque la ayuda y prepara.  
Hay que dar al alquitara  
mezclas de esencia remota,  
y sólo entonces borbota  
la soñada Edad de Oro,  
libre de usar, sin desdoro,  
la honradez . . . y la bellota.



<sup>1</sup> Cf. la obra póstuma de Butler, *Sobre la flaqueza y miseria humanas*: "...Alcahuetas, rameras, usureros, enredadores, logreros, ministros prevaricadoras, que medran con su falta de escrúpulos o con créditos sin garantía..." ¿Tuvo ocasión Mandeville de consultar el ms. de Butler, sólo publicado en 1759? Este poema dice incidentalmente:

*Nuestros actos más sagrados  
son efecto  
de flaquezas y pecados.*

<sup>2</sup> Cf. T. Livio, I, 26: "infelice arbori veste suspendito"; y Cicerón, *Pro C. Rabirio*, IV, 13.

<sup>3</sup> Sobre estas líneas, adviértanse dos anticipaciones (que no suponen una inspiración o fuente directa): "... (En América) el rey de un vasto y rico territorio se sustenta, aloja y viste mucho peor que un jornalero inglés" (Locke, *Del Gobierno Civil*, II, IV, v. 41); y "... un rey de la India no vive, ni se alimenta, ni viste mejor que un labriego inglés" (*Consideraciones sobre el Comercio de las Indias Orientales*, en la *Select Collection of Early English Tracts on Commerce*, ed. Political Economy Club, 1856, p. 594).

<sup>4</sup> "El autor se refiere a los altos edificios de la Ópera y la Comedia. Anfión, tras de haber arrojado a Cadmo y a su mujer, construyó en su antiguo recinto la ciudad de Tebas, atrayendo y ordenando las piedras mediante la armonía de su lira". Trad. francesa, 1750, I, 27. Pero también puede haber un equívoco sobre los dos sentidos de la palabra inglesa "play": "música" y "juego" (de azar).

<sup>5</sup> Cf. "Cuando el hombre está del todo satisfecho de su estado, cuando no siente incomodidad ninguna, ¿qué industria, qué acción, qué otra cosa le queda más que continuar como está? ... Y así vemos que nuestro sabio Creador, conforme a nuestra constitución y manera, y visto cuál sea el aliciente de nuestra voluntad, ha puesto en el hombre la incomodidad del hambre y la sed y demás deseos naturales, los cuales vuelven siempre en tiempos oportunos para excitarnos y determinarnos a obrar, como conviene a la preservación y continuación de la especie". Locke, *Ensayo sobre el entendimiento humano*, ed. Fraser, 1894, II, XXI, 34.

**Esta edición de "El Panal Rumoroso"**  
**se imprimió en México, D. F.**  
**en los talleres de la**  
**Gráfica Panamericana, S. de R. L.**  
**con tipos Bodoni**  
**en el mes de diciembre de 1957**

\*

**Diseño tipográfico de**  
**A.A.M. Stols**